

Cuarta carta

(Al nivel del don)

Escribir una cuarta carta acerca de un conflicto puede resultar aburrido y tedioso y, si se me apura un poco, hasta penoso, por lo que pueda haber de regodeo y sadismo en ello. Si alguno piensa que soy un sádico, que entienda que no hay cosa más alejada de mi intención. Tanto es así que el conflicto ya casi ni me interesa; lo que verdaderamente me motiva es profundizar en las raíces que dieron origen a tal contencioso o, mejor, ahondar en los temas que deben afianzarnos en nuestra gracia e identidad espiritual. Una formulación precisa de lo que vivimos nos ayudará a un mejor conocimiento de lo que somos y de lo que nunca debemos dejar de ser.

Y es que en Maranatha no hemos ido de las ideas a la vida sino al revés. No hemos tratado nunca de ajustarnos a ningún modelo ni de alcanzar determinada perfección sino de vivir y acoger en pobreza lo que se nos ha ido dando. Somos un pueblo de acogida, somos guiados, marchamos hacia alguna parte. No formamos una comunidad con unos objetivos bien prefijados de antemano y cuyo esfuerzo consiste en llegar a ellos y cumplir una encomienda. Al contrario, caminamos hacia una promesa, hacia una experiencia, hacia una vida. Nuestra promesa en cualquier momento estará incumplida porque nunca llegaremos a ningún sitio que dependa de nosotros y de nuestras fuerzas.

Hay una experiencia de liberación muy común en la Renovación carismática. Después de la Efusión del Espíritu, muchos nos hemos sentido sacados de un pozo o, al menos, liberados de un peso. Es como un respirar de aires nuevos que se traduce en una serie de vivencias como el gozo, la alabanza, la paz, la necesidad de reunirse y verse y tantas otras. Hasta ahora no habíamos echado de menos ese estado porque nunca lo habíamos experimentado y lo que no se conoce no se desea. Fuimos sorprendidos. Desde

la nueva experiencia vimos que nuestro modo de vivir anterior era triste porque en realidad estábamos sometidos a un fatalismo del que no podíamos escapar. Lo formulábamos con palabras muy serias como dignidad, obligación, sacrificio, penitencia. El profeta Isaías reacciona contra una situación semejante, diciendo: *¿Caminaré toda mi vida en la amargura de mi alma? No, mi tristeza se convertirá en gozo pues tú, Señor, preservaste mi alma de la fosa de la nada porque has cargado a tu espalda todos mis pecados* (Is 38, 15-17).

Esta experiencia de liberación tiene un tratamiento teológico. Se puede decir que la persona o el grupo que ha sentido esta liberación han sido elevados al nivel del don. Cuando uno está en este nivel ya no funciona desde sí mismo, desde sus cálculos, sino que es guiado y llevado hacia alguna parte. Hay en él un plan salvífico que el Señor conoce. Por eso, ya no es un simple grupo o una comunidad sino un pueblo porque el pueblo, según el sentir del Vaticano II, es un grupo que camina. ¿Hacia dónde? El Señor lo sabe. Lo único cierto es que ya no son las perspectivas, planes o cálculos humanos sino un instinto divino el que le guía: Dice Santo Tomás de Aquino: “Los que son movidos por instinto divino no deben aconsejarse de la razón humana, sino que deben seguir la inspiración interior que procede de un principio más alto”.

Maranatha es un pueblo elevado a nivel del don. La predicación de la gratuidad sólo puede darse a ese nivel. Por eso es importante que dediquemos una carta a hablar algo sobre este tema. Si hemos de temer algo en nuestro grupo es la caída de nivel. Eso sería, no sólo un fracaso, sino una pérdida de vocación; pasaríamos a ser otra cosa, quizás muy buena y muy cristiana, pero distinta. A mi parecer, en estos últimos años caminábamos en Maranatha en dirección a ese precipicio. En esta carta trataré de explicar lo que entiendo yo por pérdida de nivel. No es la primera vez que veo algo semejante en la Renovación carismática. Un ejemplo: Durante muchos años, bastante gente de nuestro grupo asistimos por el verano en Paray le Monial a diversas manifestaciones carismáticas programadas por la Comunidad Emmanuel de París. Duraban un mes. Una semana era de alabanza, otra de sanación, otra de predicación etc, variando según los años, pero siempre vividas como un referente de alto valor carismático. ¿Dónde está todo eso ahora? Diversas crisis y luchas interiores han convertido estas comunidades en otra cosa. Yo mismo lo he experimentado. Siguen con mucha gente, muchos matrimonios, mucha biblioteca y muchas actividades e, incluso muchos sacerdotes, más que antes, pero sin el calor y el poder de convocatoria que atraía a tantos

extranjeros. Han sabido buscarse compromisos válidos pastoralmente pero ha desaparecido en ellos la dimensión mística del don. Lo notamos en la predicación, en los cantos, en las oraciones personales y en la ausencia de aclamación y alabanza.

Para aclararnos empiezo diciendo que hay dos modos de vivir el cristianismo. La distinción es de la teología medieval. Un modo ordinario, el más común, que lo conocemos todos bien porque es lo que hemos vivido antes de experimentar al Espíritu. Este modo tiene a la razón como motor, una razón que utiliza los datos de la revelación para crear un sistema cristiano de vida. Yo lo llamaré racional. En este modo, la razón iluminada por la fe es el motor de la vida cristiana. Los principios en los que se cree, los valores que se aceptan y los actos que se realizan son cristianos pero regulados desde la razón humana que es la protagonista de dicho vivir cristiano. Es un modo todavía muy humano de vivir la fe. Como digo, así vive todo cristiano que no tenga una experiencia fuerte del Señor; se guía por la sola razón cristiana. En este modo, los racionales intentan obrar el bien, ayudados por la gracia de Dios. Se proponen determinados objetivos virtuosos e invocan la gracia de Dios como ayuda. Se preguntan: ¿qué debo hacer para salvarme?, y lo intentan, pero desde sí mismos, desde su razón cristiana que la experimentan ayudada por la gracia como luz, pero no como motor, el motor son ellos mismos. Dicen: “propongo firmemente, ayudado por tu gracia”... pese a las buenas intenciones este modo no se libra del yoísmo, de un cierto fariseísmo que utiliza la gracia en su favor. Difícilmente se libran de un cierto semipelagianismo porque el protagonismo de las buenas obras está en ellos. Este nivel de vida es cristiano y, por tanto, obra de la gracia y en él la caridad puede ser muy grande ya que, de una manera solapada y oculta, puede actuar algún don. Al decir esto pienso en mi madre y en otras muchas personas semejantes. Prolifera en este modo de ser cristiano, gente buena, personas honradas, creyentes sinceros que aman el bien y buscan la honra y gloria de Dios y el bien del prójimo según la medida que la gracia es capaz de producir con las capacidades humanas. Ahora bien el corsé de la razón les impide llegar a un alto despliegue de las semillas recibidas en su bautismo.

Para alcanzar la plenitud del amor y facilitar el desarrollo de toda la acción del Espíritu escondida en el bautismo es ineludible ser elevado al nivel

del don. En este caso el motor de nuestros actos y pensamientos ya no es la razón sino el Espíritu que actúa mediante sus dones, carismas y frutos. Los principios, los valores nos vienen dados por el Espíritu Santo. No es que se desprecie la razón ni las virtudes ni el esfuerzo humano, es que son superados por un principio más alto que evidentemente los incluye. No se trata de abolir sino de dar plenitud. Esta subida de nivel acontece en la Renovación carismática con la Efusión del Espíritu Santo que realiza las funciones de un nuevo bautismo. El resultado de esta Efusión es que, en el que la recibe, se da un cambio de vida cuyos síntomas explicaremos seguidamente.

El hecho de acceder y de estar en la dimensión del don no arguye de por sí mayor santidad, es una gracia de funcionamiento. Al menos así lo ve ahora la espiritualidad de los grandes Movimientos. Con el tiempo, el estado del don se consolida y, si se es fiel, se hace habitual y uno lo percibe así. El vivir en ese estado no arguye santidad porque esta consiste en la caridad y en revestirse de Cristo. La alabanza, por ejemplo, no nos santifica en sí sino a través del amor que contenga. Lo que tiene de mejor ese estado es que al liberarnos de la estrechez de lo racional, se le facilita al Espíritu intensificar en el alma los actos de amor y de entrega. En la espiritualidad tradicional siempre se consideró como medió para aumentar la santidad la intensificación de los actos de amor, de modo que a la muerte debería corresponder el más intenso de todos.

Antiguamente había que superar varias etapas ascéticas hasta llegar al don o a la mística; actualmente, en los nuevos Movimientos, el Espíritu actúa de otra manera. Debemos estar muy atentos a este nuevo quehacer del Espíritu y a todo lo que conlleva. El mayor pecado sería infravalorar o no dar importancia a esta acción del Espíritu. Maranatha es un pueblo, hoy por hoy, elevado al nivel del don sin que sea óbice nuestro pecado y el peso de nuestra carne. Un hecho así no sucede por méritos propios sino por elección del Señor. Él elige a quien le parece bien y nadie puede pedirle cuentas. Lo importante es que seamos conscientes de esta gracia para estar a tono y valorarla debidamente.

Maranatha, como digo, es un pueblo al que considero elevado al don, según criterios ciertos de una actualizada Teología espiritual. Si he de ser sincero, a veces me asalta una duda y es la de si todos los que estamos en Maranatha entendemos las mismas cosas al pronunciar las mismas palabras. ¿Cuándo hablamos de gratuidad o de don o de pueblo, entendemos lo mismo?

¿No serán análogos nuestros conceptos? Hay realidades que me hacen sospechar que así es. No obstante, yo quiero seguir hablando del Maranatha que llevo en el alma, el de la gratuidad, el de la alabanza ruidosa, el del don ungido. En este pueblo el modo de obrar racional es sustituido por la acción del Espíritu. Incluso cambia el lenguaje. Ya no hablamos de virtudes, explicaciones o compromisos. No somos motivados por la solidaridad ni los propósitos ni las buenas obras. No nos gusta programar, preparar, llevar hecho o hacer esquemas. Nuestro obrar ya no está en nuestras manos ni en la preparación o cálculo de nuestra razón. No vamos a una celebración con las canciones o el esquema preparado sino que entregamos todo nuestro obrar a la espontaneidad del Espíritu. Nuestras decisiones no deben provenir de los cálculos racionales sino de la acción del Espíritu.

Nuestro lenguaje incorpora experiencias de otra índole que no se dan en una parroquia ordinaria. Hablamos de dones del Espíritu, de carismas, de frutos, de profecía, de alabanza, de lenguas, elementos todos ellos que no son racionales ni proceden según sus métodos. Nuestro obrar cristiano no procede de nuestra mente sino de la acción del Espíritu. Por tanto hemos de guiar a nuestro pueblo, después de intensa oración, con los carismas, mociones o insinuaciones que el Espíritu nos sugiera. En este nivel el elemento profético es importante y la potencia de la oración, de la palabra y de la acción sube muchos enteros. De este actuar se derivan muchas nuevas experiencias de sanación, de quebrantamiento, de cambios de vida. El testimonio entre nosotros es alimento cotidiano en nuestro celebrar y compartir la fe. La mayoría de los que acceden a nuestros grupos nunca se habían movido a este nivel de experiencias.

Y lo que es más importante nos hemos encontrado con un Cristo vivo que es Señor y Salvador. No lo sabemos sino que lo experimentamos en el cambio de nuestras vidas, en las relaciones comunitarias, en el quehacer de cada día. Este Cristo ha resucitado después de cargar en su muerte con todos nuestros pesos y culpas. Su resurrección es nuestra liberación, su señorío sobre todas las cosas es nuestra salvaguarda, su muerte nos ha liberado del peso de nuestros pecados y convertidos en seres libres y aptos para la alabanza. Asumir esto es morir con Cristo y acceder a una nueva vida donde la esperanza y el amor cobran toda su potencia. En esta vida nueva radican todos los dones y carismas que no son otra cosa que la acción del Resucitado sobre la Iglesia y sobre el mundo. Sin una experiencia profunda del Cristo resucitado y de su acción, todos los dones y carismas serían pura magia.

Ser elevados a nivel del don incluye todas estas maravillas. Es cierto que, como dice Santa Teresa, en estas experiencias hay más y menos pero un cierto cúmulo de vivencias nos certifica del nivel en que estamos. Ella nos habla de la oración de quietud y de la oración de unión como experiencias de corte, diríamos, donde comienza este mundo nuevo. Nosotros utilizaremos otro lenguaje pero en el fondo expresaremos cosas semejantes; como dice ella, muy sobrenaturales. Si leemos las cuartas y quintas moradas de dicha santa podremos intuir entre líneas una descripción de los efectos que producen en nosotros la Efusión del Espíritu. Santa Teresa trata estos temas a niveles individuales; en los tiempos actuales el Espíritu se mueve más a niveles comunitarios.

El que ame de corazón este quehacer del Espíritu no es extraño que le duela una pérdida de nivel en su pueblo. Maranatha es un pueblo que ha disfrutado durante varias décadas de una palabra profética que ha dado vida al grupo y mantenido el nivel, fructificando y creciendo en personas vivas y en otros que nos han dejado ya. Esta palabra nos ha anunciado a Jesucristo en directo. Sólo la palabra profética y kerigmática mantiene el nivel; las otras palabras como la que se da en la catequesis o en la enseñanza, que pueden ser también del Espíritu, desarrollan y forman pero, por no ir en directo al corazón sino a la mente, no tienen la función de engendrar y mantener un nivel aunque, si son verdaderos carismas, ayuden a desarrollarlo y a comprenderlo. Una buena catequesis, por tanto, siempre viene muy bien. No obstante, si el nivel peligra, hay que volver a la predicación y al kerigma. Esta tarea no la sustituye nada. No se puede decir, por ejemplo, que una buena alabanza puede mantener el nivel. La alabanza sin palabra dura muy poco o, dicho de otra manera, la alabanza siempre será respuesta a una noticia, a una acción salvadora, a cualquier intervención de Dios. En la alabanza Dios obra a veces maravillas pero en la línea de lo anunciado. Si se diera una alabanza sin contenidos sería un griterío vacío.

Cuando un grupo está elevado al nivel del don se dan en él una serie de fenómenos específicos. Esta fenomenología, claro está, debe estar dentro de la palabra de Dios y de la tradición de la Iglesia, aunque pueda ser experimentada y formulada de manera nueva, acorde con la cultura de cada

época. Quiero exponer ahora una serie de estos fenómenos específicos que se dan en este nivel y no en otros, con lo cual nos sirven para detectar empíricamente el estado en que se halle el grupo. Si estos fenómenos se atenúan o van desapareciendo es que el grupo está perdiendo el nivel.

Somos conscientes de que estas consideraciones las hacemos en un contexto social no sólo indiferente sino adverso. En tiempos de los grandes místicos españoles la cultura reinante no era sobrenatural precisamente, pero sí bastante religiosa, con lo que diversos fenómenos podían llegar a suscitar veneración. Hoy gran parte de la juventud está perdida para la causa porque está siendo oficialmente adoctrinada para que erradique todos los valores religiosos que dieron vida a sus abuelos y antepasados. Si a un bachiller de ahora le hablas de “vivo sin vivir en mí”, piensa que es un acertijo y te contesta: la droga. Hablarle de algo sobrenatural en el desierto racional presente no suscita hilaridad sino casi furor. De aquí que la experiencia religiosa actual se concentre en las capas más adultas de la sociedad. Cualquiera que conozca al Espíritu Santo no debe tener el más mínimo reparo en que las cosas sean así; al contrario, debe seguir profundizando con mayor ahínco en su verdad más profunda.

Una de las vivencias básicas del nivel del don es la **unción**. Pocas personas habrá en Maranatha que desconozcan experimentalmente lo que es una canción ungida, una palabra ungida, una oración o alabanza ungida. A veces se habla de un más y de un menos. “Hoy, por ejemplo, se dice, la oración ha estado muy ungida”. A mí, y a tantos, nos ha sucedido ir conduciendo y, a la vez, escuchando canciones que en ocasiones las sentimos ungidas y nos producen un gozo interior, un henchimiento de alma, que parece que nos alimenta espiritualmente. La unción es espiritual pero afecta a la emoción y ahí se hace vivencia. No nos importa repetir una y muchas veces la misma canción porque ya no se trata de una música y de una letra sino de una acción del Espíritu con ocasión de ello que nos regala y conmueve. La oración que brota y suele acompañar a estos eventos es signo claro de una presencia especial del Espíritu de Jesucristo resucitado.

Unción viene de óleo, de aceite, que la Iglesia utiliza en sus sacramentos para ungir externamente a sus hijos lo cual no es más que un símbolo de esa otra unción espiritual que el Espíritu Santo realiza. Dice San Juan: *La unción que de él habéis recibido permanece en vosotros y no necesitáis que nadie os enseñe pues dicha unción os lo aclara todo* (1Jn 2,

27). La unción eleva, enseña, ilumina, guía, consuela, ora dentro de nosotros. Un momento fuerte de unción te saca de ti mismo, es como una posesión del Espíritu. Cuando un picaporte se unge con aceite se vuelve suave y manejable. En el bautismo todos hemos sido ungidos dos veces para que se de en nosotros la plenitud de la vivencia cristiana. La unción evidentemente se da en nuestro interior, no como en el picaporte, y aunque se la trasfiramos a las cosas, es una plenitud de vivencia bautismal y cristiana. Un corazón pleno siente ungidos sus gestos, sus palabras y sus acciones según el Espíritu se lo vaya dando, lo cual, en ocasiones más fuertes, da origen a los carismas. Igualmente diversas cosas externas pueden despertar en un momento dado la unción que llevamos dentro, como es el caso de una canción, de una talla, de una pintura. El que es capaz de hablar de un cuadro o una imagen como ungida es que vive a un nivel de experiencia que sólo se da en el don.

Me encanta hablar de esto porque sé que en Maranatha todo el mundo lo entendéis. No se cómo se dará la plenitud de la experiencia bautismal en otros movimientos; la vivencia de la unción yo la he conocido y saboreado en la Renovación carismática. Santa Teresa cuando nos habla de la oración de quietud y de unión nos la describe como una experiencia de intenso gozo espiritual. Ese es su lenguaje y su forma de explicar a sus hermanas la plenitud de su bautismo, muy acorde también con su carisma contemplativo. El que haya experimentado en serio la vivencia de unción carismática habla también con el lenguaje del gozo interior. Es como una subida del voltaje del espíritu que te hace saborear la acción del Espíritu de la que se trate. La unción en los carismas llega a sobrecoger por la presencia real de Jesucristo hablando, sanando, orando, iluminando.

La unción no es una cosa del alma ni se puede confundir con algún tipo de exaltación o contagio. El lugar donde brota la unción es el espíritu porque es una experiencia espiritual aunque se somatice emocionalmente. Es comunitaria pero el individuo que no la tenga no la percibe. Si nota algo extraño utilizará conceptos inadecuados para explicarlo. Yo sé que la mayoría de las personas de Maranatha me entiende y es a lo que voy: ¿seríamos capaces de dejar que se nos pierda la unción? La pérdida de la unción nos retrotraería inmediatamente al nivel del hombre racional o psíquico del que habla San Pablo. La sustituiríamos con devociones, compromisos, tareas de todo tipo que, a lo mejor, nos llenaría los grupos de gente pero que ya no tendría nada que ver. Hoy por hoy esto no ha sucedido. Maranatha es un pueblo donde sigue habiendo muchas expresiones ungidas. La presencia del

Espíritu del Señor resucitado no se ha ausentado. Yo, en algún momento lo temí porque, en mi parecer, la predicación, el don de consejo, y varios frutos del Espíritu como la paz, la amabilidad, la alegría y el tener un solo corazón y una sola alma estuvieron en mucho peligro. Doy gracias a Dios por este conflicto porque la pérdida de nivel se veía venir y, si en este pueblo se pierde la calidad del don, terminamos todos, con expresión vulgar, como el rosario de la aurora.

Otro de los grandes dones que no podemos perder en Maranatha es la **necesidad de la comunidad**. También en este tema nos encontramos con un nivel distinto del que se estila en otros lugares. La comunidad que procede de la carne y de la sangre se guía por cálculos y emociones racionales. La antropología carismática, al menos la que se ha predicado en Maranatha, divide al ser humano en tres partes: cuerpo, alma y espíritu. El cuerpo es el cuerpo que todos conocemos. El alma y sus potencias, como son las emociones, memoria, imaginación voluntad y razón pertenecen a la carne y a la sangre. La fe se vive en el espíritu y, por eso, los que no tienen fe o la tienen muy remisa, no saben que tienen espíritu. Para vivir les basta con el cuerpo y con el alma. Sin embargo el espíritu es el centro del ser cristiano. Jesús que ha sido constituido después de la resurrección espíritu vivificante, nos da su gracia y despierta con ella en el hombre su parte espiritual, el único lugar que tenemos para acoger esta gracia. Desde el espíritu esa gracia va refluyendo, poco a poco, hacia la parte carnal del hombre generalmente con bastantes dificultades.

La experiencia de la comunidad es una prueba de lo que digo. En la carne y en la sangre la mayoría de nosotros no tiene nada que ver: tenemos distinta familia, educación, cultura, gustos, aficiones e intereses. Sin embargo, hay una unidad muy delicada en el espíritu que tiene sabor a don. De hecho, engendra unos niveles de unión y comunicación muy profundos, no experimentados con los amigos de la carne y de la sangre. Los contenidos de la comunicación que no se basan en intereses de este mundo engendran una honda intimidad espiritual. Este compartir íntimo, crea la sensación de conocer a una persona de toda la vida cuando apenas llevas hablando con ella unas horas. Esta comunicación se basa en la obra de Dios y en una experiencia común de esa obra. Compartiéndola se consiguen altos niveles de intimidad, de cariño, de confianza, de ternura, de solicitud y de preocupación por los

demás. Cuando la comunicación va formando comunidad, uno necesita a la gente y se la echa de menos; y los saludos besos, abrazos y gestos de cariño son reales.

En esta comunión el atractivo inicial no es emocional, afectivo y menos sexual. No brota de la sensibilidad como en las amistades humanas. Es don, y se basa en el amor gratuito compartido con el que cada uno es amado por Dios y se ha experimentado en la Efusión. Esta experiencia compartida crea la comunión en la que se hace presente el Señor. Cuando una amistad espiritual se completa con la empatía, simpatía y química humanas, el amor llega a mucha más plenitud. Benedicto XVI habla incluso de amor erótico que complementa al amor de gratuidad venido de arriba. Este es un amor pasional, que referido a Cristo, le hizo amarnos hasta el extremo, entregando su vida por nosotros. El amor pasional no siempre es sexual. Una madre puede amar pasionalmente a su hijo sin sexualidad alguna. Mi cariño por una mujer no tiene por qué ser sexual aunque siempre sea sexuado. Todas las emociones son pasiones que van desde la ternura más entrañable hasta el asesinato.

Una comunidad degenera en el amor cuando se proyectan las carencias personales sobre los hermanos buscando en ellos lo que no tienen por qué darnos. A veces un amor nacido del Espíritu cuando se somatiza entra en la estrechez de la carne y puede engendrar celos, exclusiones, partidismos y otras cosas. Es un amor de origen espiritual pero la carne lo puede echar a perder. Mucha gente se equivoca en esto y llaman amor y caridad a cualquier cosa. Un grupo carismático es una comunidad de gracia y la gracia no sustituye a la naturaleza aunque la perfeccione y la complemente. Cuando manipulamos al grupo o a alguna persona exigiendo que colmen nuestras carencias afectivas o de cualquier otra índole, estamos utilizando la obra del Señor para nuestro provecho. La falta de significación y de protagonismo en la vida real lleva al inconsciente de alguna gente inmadura a resarcirse a través de cargos o significación en los grupos, con lo que se deteriora la comunión en el espíritu. Esta es una pandemia altamente extendida en la Renovación, difícil de evitar porque la falsa compasión abunda tanto como la susodicha manipulación. Por desgracia esta artrosis espiritual, típica de los grupos antiguos, también existe en Maranatha deteriorando la frescura e intensidad de las relaciones comunitarias. Este hecho puede acelerar mucho la pérdida del don y la caída de nivel, prevaleciendo en las relaciones simples criterios humanos.

Además de lo dicho, de la experiencia del don brotan otros muchos frutos. Uno de ellos es el **sintonía con las cosas del Espíritu**. De esta sintonía brota el gozo por las cosas del Señor. No todo el mundo nos entiende, cosa que nos asombra al principio pero que, después, visto lo visto, te impele a buscar a aquellos con los que sintonizas en el lenguaje y en los nuevos contenidos que te llenan. No todo el mundo tiene el don o, al menos, no todavía. A nosotros nos embarga el gozo por la oración, la alabanza, las reuniones, los retiros, los seminarios. En un mundo como el nuestro donde la simple Misa del domingo a algunos se les hace una obligación insostenible, ¿cómo es que nosotros no podamos pasar sin la oración? Ese atractivo interior que se expresa por el deseo de asistir a tantas cosas no puede ser otra cosa que efecto del don, en este caso del don de piedad. Es cierto que, en los comienzos, hay como una cierta y sobria embriaguez del Espíritu que pasa con el tiempo, pero la necesidad de oración nunca pasará para los que se mantengan en el nivel del don.

Otro de los frutos del don es **la libertad interior**. Hemos sido llamados a la libertad, dice Pablo en Gálatas 5,1. Esta libertad proviene en directo de una experiencia salvadora que procede de Cristo resucitado. Es pura fe; no obedece a ninguna sugestión. La carne tiene sus objetivos y criterios tal como los vive el hombre viejo. El cristiano racional trata de luchar a brazo partido contra ellos y muchas veces es vencido porque la ley y el esfuerzo no sanan. A nivel del don es más fácil superarlos porque uno ya no se enfrenta en directo contra ellos sino que son entregados para que los venza el poder de Jesucristo. Esto, claro está, sólo lo puede entender el que tenga experiencia del don; pero, si acontece una pérdida de nivel, es como volver a la mazmorra cuando ya habías sido liberado de su oscuridad. Un hombre libre no es un hombre perfecto sino uno que tiene la fe de que siempre será liberado por la fuerza de la sangre de Jesús. En la sangre de Cristo está su libertad. La infección básica del pecado y muchos de los síntomas y adicciones en los que se despliega este "*fomes peccati*", sólo con esta fuerza pueden ser vencidos.

Lo que acabo de decir me lleva a hablar de otro fruto del don que es **la superación de la conciencia moral**. Este fruto, en la Renovación, a veces se experimenta como incapacidad de sentir dolor de los pecados. Hay personas que se sienten mal por ello. Están acostumbrados a la conciencia moralista, aliada del temor y del castigo, que siempre les ha remordido y obligado a confesarse de inmediato, sin poder cargar con su culpa por puro miedo. El

perfeccionismo sumergido que esto implica, se agrava cuando la conciencia psicológica de la persona está mal formada desde la infancia. La experiencia del Cristo cargado con los pecados de uno y vencidos en la **resurrección**, te da la posibilidad de ser libre en medio de la debilidad. Aquí se encuentra la raíz más profunda de la alabanza y de la acción de gracias. Caer del nivel del don significa volver a entrar en la lucha por la propia justificación. Tendremos que luchar nosotros mismos contra nuestro pecado y nuestra infección original. Ya no nos sentiremos justificados por Cristo, que dejará de ser nuestra justicia y nuestro más hondo amor.

Otro de los frutos que se siguen de lo dicho es la **alabanza como forma de oración**. El cristiano racional sólo sabe pedir y cuando alaba lo hace desde la poesía y la nostalgia. Tiene aún mucho miedo y no entiende la gratuidad de Dios nada más que con la cabeza. No se siente salvado ni liberado sino que tiende a compensar su mala conciencia con un cúmulo de buenas obras. Busca el mérito para el premio, no cree en el derroche de gratuidad. Eso mismo le impide el poder alabar. Este cristiano puede ser un santo y tener una gran caridad pero no disfruta del don y está prevenido contra la alabanza por su conciencia de respeto a Dios.

La forma más alta de alabar a Dios, totalmente hija del don, es la que se hace en lenguas. Los cristianos racionales no saben nada de esto, ni aún los más entregados y sacrificados. El nivel de contemplación que esta oración conlleva engendra actos de amor y de sumisión a Dios muy profundos. No es el momento de explicar este tema con profundidad pero si es el momento de decir que, al ser este nivel tan fino y especial, una degradación acaba con él muy pronto. La teología dice que los dones son hábitos permanentes que facilitan la actuación del Espíritu Santo en las almas. Bien puede ser, pero la experiencia fenomenológica no lo percibe así. El don no es una conquista ni un hábito que imprima carácter es más bien una sucesión de vivencias actualizadas continuamente por el Espíritu. Nunca están bajo nuestro dominio absoluto aunque hayan creado en nosotros ciertas disposiciones, sino que siempre son regalo y sorpresa. El Espíritu es nuevo cada día y hay que estar siempre a la escucha.

Entre los innumerables frutos del Espíritu que se dan al nivel del don vamos a citar uno más que es **la inteligencia de la palabra de Dios**. A nivel del don este entender no es racional sino infuso, infundido por el Espíritu Santo. Una de las mayores alegrías que yo viví al percatarme de esta gracia

fue la de sentirme cercano a los que escribieron la Biblia. Entendí cómo siendo hombres los que escribían o hablaban, sin embargo, lo que decían podía llamarse Palabra de Dios. Muchos de nosotros tenemos la experiencia de cómo se nos ilumina una palabra, un versículo, un gesto, una canción, un símbolo. Estas mociones del Espíritu, a nivel del don, son frecuentes y crecen según la fidelidad que cada uno tenga a la oración y a la intimidad con el Señor. En la dimensión del don siempre está ocurriendo algo en el interior del espíritu. En la Renovación se utiliza con mucha frecuencia la frase: “El Señor me ha dicho”... que fuera del contexto del don suena pretenciosa.

Todas las grandes experiencias que se dan al nivel del don pueden perderse. Este es el peligro. El conflicto que estamos viviendo en Maranatha nos alerta ante esta pérdida; es una llamada de atención que no podemos echar en saco roto. Debemos ser conscientes de que hay que velar para no volver a estadios carnales que fueron superados por gracia. No es nada difícil que suceda este hecho porque según va saliendo el Espíritu entra la razón a ocupar su sitio y nosotros somos mucho más connaturales con lo racional que con lo espiritual. Si esto sucede nos haremos mucho más radicales y fanáticos porque trasferimos la seguridad y certeza que el don nos dio a simples razonamientos naturales. La pobreza y la humildad de lo gratuito se transformará en la prepotencia de una experiencia a la que, sin darnos cuenta, se le ha ido la gracia.

Madrid, Mayo 2009
Chus Villarroel O.P.